

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 28.

Sevilla.—Lunes 4 de Febrero de 1901

AÑO XXV.

Ojo, mucho ojo

El primer día del siglo. El primer día de España. El primer día de la libertad fué el de ayer, cuando el maestro de nuestra literatura moderna triunfó gloriosamente en el teatro de todos los temores, de todos los duelos, de todas las cobardías que han distinguido á las primeras inteligencias de los políticos que profesan los ideales de libertad, y que han sido la causa fundamental de que los neos se hayan apoderado de todo.

No éramos locos los que un día y otro día y siempre afirmábamos que la masa estaba dispuesta; que el sentimiento de la libertad y el amor á la justicia no se habían perdido; que la mirábamos, sí, entre sombras, pero que hondo, muy hondo, se mantenía el fuego sagrado, y en silencio se atisbaba el momento en que encarnara la idea, para que surgiera potente y vigorosa la explosión del sentimiento unánime de la Nación.

Galdós ha sido el verbo, y *Máximo* es el símbolo. ¡Gloria á Galdós!

No escribimos ayer para dar rienda suelta al sentimiento, para festejar nuestro triunfo, para solemnizar el gran día, el memorable suceso, el glorioso resucitar de un pueblo á la luz de la idea.

Lo confesamos. Conocemos bien á los neos. Hemos esperado también ver cómo se revolían esos á quienes *hay que matar!* y á quienes *hay que quemar la casa!* Y ya se asomó la hipocresía, ya se manifestó la mixtificación y el engaño. Apenas salidos del estupor de los primeros momentos, esos neos del ministerio, que produjeron las desdichas de Pamplona, que patrocinaban la manifestación de Valencia, y que han afirmado una y mil veces que el liberalismo es pecado, y que, por declararlo así, y por afirmarse en sus amores vaticanistas, han llegado; esos neos que mendigan el favor de Roma para que influya á fin de que se disminuyan unas docenas de cogullas de la invasión que nos amenaza, tratan de hacer suya también la causa que ha triunfado en nuestro primer teatro, y que hoy los ecos repercuten en toda España.

A esos que con pretexto de la religión quieren mezclarse ahora entre las filas liberales, á esos hay que decirles:—¡Atrás, neo, que nos manchas! Atrás, hipócrita vaticanista. Atrás, ministro católico, que has declarado y confesado que el liberalismo es pecado. No tienes derecho á disfrutar de nuestras alegrías, y si pretendes entrar en nuestro campo, habrá que matarte y quemarte la casa.

Vienes, menguado, á introducir la discordia. Vienes, miserable, á desnaturalizar el efecto. Vete, vete á la sacristía, acaricia tus místicos amuletos y procura recibir la confesión para que no te sorprenda la muerte fuera de la gracia divina.

La libertad se ha abierto camino, hemos dado un paso gigantesco con el desbordamiento admirable del sentimiento público, que condena á los reaccionarios, que reclama con *Máximo* la muerte de los neos, y que, con el sabio y enamorado personaje de Galdós, requiere la tea, como último, como supremo remedio para destruir la reacción, borrando, si posible fuese, su paso, para olvidar nuestras vergüenzas nacionales.

Peró es menester que no nos durmamós en los laureles. Es preciso atisbar y salir al encuentro á los neos que, vestidos con el traje de liberales, se preparan á invadir nuestra casa, y sin equívocos, mixtificaciones ni temores, presentar frente á frente y cara á cara la batalla.

No se asusten los buenos creyentes, que entre el amor de Dios y el culto al Ser Supremo y toda la Iglesia romana y todas las aspiraciones de neos, sacristanes, frailes y luises, hay una distancia inmensa. Que entre la potestad civil y la ingerencia del clericalismo en nuestros mundanos asuntos hay que abrir el abismo y echar de cabeza en él á los que amenazan con las furias de un Dios vengativo, cruel y egoísta, para que la libertad brille, se garantice el derecho y realicemos nuestra misión en el mundo.

Vale más el regazo de una madre. Eleva más la comunidad del hogar doméstico y la alegría de la prole juguetona y traviesa. Dignifica al

hombre el amor de la familia. Alegra á la mujer con esa aureola admirable el padre! y de esposa su destino en la vida, producto del amor, que el recogimiento en la comunidad del claustro, donde tienen cabida todas las malas pasiones, asiento permanente el vicio y dominio absoluto el egoísmo, con una capa de fingida virtud.

La virtud no existe más que en la lucha del mundo, en la vida, en la sociedad, mirando frente á frente todas las contingencias y venciendo todos los peligros, para realizar el progreso y la libertad, para elevar el pensamiento y para realizar la misión de dignificación y elevación moral.

Esto no lo comprende el brutal clericalismo, porque todo lo quiere para sí. Niega el progreso y combate la libertad, porque es enemigo de la luz y le ahoga la atmósfera de la virtud y del trabajo.

El clericalismo es holgazán, sandio, criminal, y sus instrumentos los neos, ya se llamen carlistas, ya se apelliden íntegros, ya se confundan con el actual régimen, con pretexto de un amor á la religión que no sienten y que no comprenden, y al deber moral y á los fines sociales que les asfixian, son hipócritas místicos, son falsos y embusteros. Son la verdadera plaga del mundo y de la sociedad, que se nos ha introducido dentro de casa, y mina con absoluto imperio.

A éstos, con Galdós, les ha salido la libertad á su encuentro, y los ha vencido; pero no basta; es preciso matarles y quemarles la casa, como dice *Máximo*; y después, añadimos nosotros, aventar las cenizas.

Peró ojo, mucho ojo, que ya tratan de neutralizar el hermoso movimiento, para desvirtuar las esplendideces matinales de la resurrección que ha tenido efecto en el teatro Español de Madrid.

A. A.

Murmuraciones

La sacudida dada á la sociedad por Galdós con su drama *Electra* ha producido hondo espanto dentro del rebaño jesuítico, y franca y sincera alegría en las demás clases, aun en aquellas que viven la vida convencional.

Electra en el casino, *Electra* en el café, *Electra* en la calle y *Electra* en todas partes.

Ha sido el reguero de pólvora, ó, mejor dicho, el reguero estaba puesto: *Electra* ha sido la mecha.

Peró ¿no decían ustedes, señores hipócritas, que este país era eminentemente católico y amigo servidor del fraile?

¿No decían ustedes que la Iglesia está sobre todo, y que es la madre de todos, y la que se lleva el dinero de todos?

—¡Alto allá!—dirá uno de esos periodistas que, después de entusiasmarse con la representación de *Electra*, ha comenzado á echarle agua al vino de su entusiasmo por orden de la empresa que le paga.—La obra de Pérez Galdós es anticlerical, pero no antirreligiosa.

¡Mienten ustedes á sabiendas! Si es anticlerical, tiene que ser antirreligiosa, porque la religión la explotan y la representan aquí los clericales.

Esa obra va contra la reacción, contra las órdenes monásticas, contra el espíritu interesado y mezquino del clericalismo en todas sus manifestaciones.

Entre el jesuita que explota á las familias ricas y el cura de parroquia que hace de su santuario un puesto de mercancías, sucursal de las despensas celestiales, en donde se sacan ánimas del purgatorio por una perra grande, no hay diferencia alguna.

Todo lo que aquí lleva por nombre religión no es otra cosa que un comercio, y contra ese comercio clama el gran novelista.

Peró diréis:

—Es necesario dorar la plóvora para que las familias timoratas, esos elementos valiosos de la sociedad, no se nos pongan enfrente.

Pues entendemos las cosas al revés.

Hay que decir la verdad pura; hay que decir que esa obra, y la que vendrá, y los resultados que de ella se desprendan, van ruda y francamente contra ellos... pero contra todos.

Contra el fraile haragán, asqueroso parásito que no tiene otra misión que cumplir en la tierra que aquella de vivir á costa de los demás, truncando las naturales obligaciones, tanto morales

como materiales, que traen á la vida todos los seres.

Contra el jesuita, porque el jesuita es la maldad personificada, el enemigo del hogar, el hombre sin patria, sin sentimientos, sin amor.

Va contra el cura, que hace votos irracionales para no cumplirlos; que dice tiene patria y elude el servirlo, profesando en una carrera que cree habrá de darle, no el respeto y el amor de la humanidad, sino pingües sueldos, poder para esclavizar las conciencias y argucias miles para con el nombre de un Dios que hacen á su capricho, entregarse á las mayores liviandades.

El dinero, la explotación, la farsa, la mentira, debieran estar reñidas con toda religión, para que ésta sea verdad.

Religión es la del hogar, en donde el amor llena las almas y las eleva hasta el mayor de los sacrificios, sin mandar la cuenta, sino pura y espontáneamente.

No hagamos de un hecho histórico, real, que ha brotado de una inteligencia grandiosa, una farsa más.

Benito Pérez Galdós, al azotar con su pluma al jesuita, y al decir, cuando cantan los niños:—*Esos no son los ángeles, sino los hijos de los hombres*—da un puntapié á la vida ideal, á la farsa religiosa, y entona un canto entusiasta á la Naturaleza, al verdadero Dios que nos da la vida, que nos da la muerte, y que nos llevará, andando el tiempo, á la religión verdadera: á adorar la Creación suprema sin más intermediario que nuestra conciencia y nuestro amor á la verdad.

**

El crucero *Carlos Quinto*,

digo, no, el acorazado, apenas salió de puerto, tuvo que volverse malo sin cumplir su cometido....

Este es uno de los barcos hechos en los arsenales españoles, ha tres años,

y que la Prensa nos puso en el último pináculo, diciendo que aquí en España eso estaba adelantado....

eso de la arquitectura naval.... de sacar los cuartos,

celebrar muchos banquetes, discursar por lo largo, y ganarse unos millones los señores empresarios.

El Ministro de Marina, con gran coraje, ha mandado que se forme un expediente, para que se sepa claro por qué en los mares se asusta nuestro pobre acorazado.

Y nos dirá el comandante:

—El material es muy malo.

Este barco no nos sirve más que en un puerto cerrado, con objeto de que todos los que dentro figuramos podamos heroicamente seguir el sueldo cobrando.—

Y se enterará el ministro, y se dirá sin enfado:

—¡Para eso somos los héroes de Trafalgar y el Callao!

**

Durante los pasados días de fiesta hemos estado de *juerga* en banquete.

El Director de Obras públicas, Sr. Alzola, plenamente convencido que va á estar en su dirección muy poco tiempo, se dijo:

—Aprovechemos este rato, y esta investidura oficial, y dispongámonos á correr España, recogiendo ovaciones y tabacos.

Y se vino hacia Sevilla para presenciar, por sus propios ojos, los extragos que hacen las riadas.

De su visita—al decir de los maese Langostinos—vamos á sacar grandes provechos.

Por lo pronto, hemos sacado... un banquete con doce ó catorce brindis llenos de elocuencia y.... de indirectas.

Verán ustedes.

Dijo el Sr. Ybarra:

—Debemos agradecer á la virtuosa Reina Regente la atención que tuvo con los representantes de Sevilla al recibirlos en Palacio y escuchar sus quejas.

Y Rodríguez de la Borbolla, al brindar seguidamente, contesta:

—No tanto, amigo D Eduardo, no tanto.... Lo menos que pueden hacer los reyes es abrir las puertas de su palacio para escuchar las quejas de sus pueblos.

Y Alzola decía para adentro:

—Bueno; ¿y todo eso qué tiene que ver con mi eminente personalidad?

Concluyó el banquete dado en Sevilla al Sr. Alzola, y después de prometer que... hará cuanto pueda, se dirigió á Huelva.

Llegó á Huelva el Sr. Alzola....

¡Banquete al canto!

—He prometido á Sevilla que la voy á salvar de las arriadas, de esas arriadas que hace vein-

ticino años están en estudio... y lo que *quea*. Ahora prometo en Huelva que la salvaré, y que las obras que necesita su puerto se harán... cuando Dios quiera.

La prensa: «El Sr. Alzola ha dejado en Huelva, en las cuatro horas que estuvo aquí, indiscutibles muestras de su talento excepcional. Ya va enterado de todo. Tiene una vista de águila.»

Confíemos, pues, en que, después que se hagan las digestiones, Sevilla y Huelva renacerán á una nueva vida en lo que respecta á su desarrollo mercantil.

¡Nuestras chaletas nos ha costado!

**

El nuevo Gobernador Sr. Muñiz, ha llegado á Sevilla.

Y se propone:

Castigar la blasfemia....

(¡Ave-María Purísima!)

Castigar la embriaguez....

(¡Sin pecado concebida!)

Perseguir el juego....

(¡Miserere mei domine!)

Encauzar el negociado de Higiene....

(¡Cartillarum posetorum!)

Y arreglar el cuerpo de Vigilancia....

(¡Ay, pobre D. Lorenzo Muñiz! ¡No sabe en dónde se ha metido!)

**

Un colega nos dice:

«Los escaparates de diversos establecimientos aparecen llenos ya de caretas, anunciando que se aproximan las fiestas de Carnaval. Este año hay muchas novedades en la cuestión de antifaces....»

¿Más que el año pasado?

¿A que no?

¿A que son las mismas caretas, y todas con la misma poca vergüenza y frescura?

CARRASQUILLA.

.....

A Núñez de Arce

He leído tu último poema, *Sursum corda*, y encontrado en él lo que nunca falta en los versos que escribes: frases rotundas, apariencias de inspiración; pero ni espontaneidad, ni esquisitez de sentimiento, ni una idea nueva, ni horizontes amplios; en cambio, abundan las imágenes de almacén, los adjetivos de reata, los efectos falsos. Tu poema es un esqueleto con férrea y brillante armadura.

Como siempre, vuelas bien, pero vuelas bajo, y produciendo mucho ruido. Miras al cielo: también mira el sapo; pero no lo escalas como el águila para abarcar de una mirada la tierra desde allí.

«Redimirse por el trabajo, elevarse por la fé, y alcanzar después de morir la gloria eterna.... este es el camino que señalas á los españoles para regenerarse. Si llegas á pedir la reducción de cien millones en el presupuesto de gastos, hubiera podido firmar tu poema el propio Paraíso, si á ello no se opone la Virgen del Pilar. Augusto á tu folleto un éxito grande en las Cámaras de Comercio.»

¡El trabajo! Santificación hermosa, única fuente de regeneración, sí. Mas para que España trabaje, es preciso antes desbrozar, desbrozar mucho moral y materialmente; desecar pantanos de pestilencia tradicional, demoler ideas ruinosas, talar bosques de injusticias, derribar edificios de iniquidad, y purificar con el fuego, y cicatrizar con el hierro, y abonar con la sangre.... Y mientras tal no suceda, el trabajo será para España una maldición infuista, pues sólo producirá jaramagos, yerba de las ruinas, y cipreses, árbol de cementerio.

Mas no trato de juzgar tu poema literariamente, ni discutir las adocenadas ideas que en él apuntan. Allá va lo que quiero decirte.

Si fueras capaz de sentir remordimientos, ¡cuán grandes los tendrías por haber contribuído como pocos á matar aquí la fe en las luchas viriles por la libertad! Porque tú, aunque de liberal blasones, has sido siempre enemigo de ella. A pretexto de combatir la licencia, la has herido alevosamente.

Si tú has fustigado al pueblo como ningún poeta, contribuyendo poderosamente á debilitar sus bríos. Ya en Abril del 70, y en aquella poesía titulada *Estrofas*, apostrofaste de manera cruel á la libertad que había surgido de la revolución del 68:

«No eres la libertad, disfraces fuera; licencia desgredada, vil ramera del motín, te conozco y te maldigo!»

¿Qué ocurría entonces para que tú, que de butaste de democrata en tu carrera política, que te pasaste a la Unión liberal luego, y que entraste después en la revolución de Septiembre, atacaras a los hombres que, en busca de la verdad, y para que triunfase, reñían batallas apasionadas?

Cualquiera de aquellos hombres que tan duramente combatiste valía más que todos los que después has servido por el plato de lentejas; la agitación más pequeña de aquella plebe con quien te ensañaste el 73 con estos versos:

«No esperéis, no, que la confusa plebe, como santo depósito en su pecho, nobles instintos y virtudes lleve. Hallará el mundo a su codicia estrecho, que es la fuerza, es el número, es el hecho brutal; es la materia que se mueve.»

quisiéramos verla en la verdadera plebe de hoy que sufre resignadamente todas las desventuras; se humilla ante todos los desprecios, soporta todos los latigazos, y, mascullando oraciones que no comprende, recibe arrodillada la degradante limosna que una beata de carne flácida ó un fraile de conciencia oscura le ofrece, á cambio de que acuda un día á la semana á abrir su asquerosa boca ante un altar, para que pueda otro fraile depositar en ella una hostia bendecida por la mano de otro fraile que se prepara á empuñar el trabuco en la próxima guerra civil.

Si; ¡qué más quisiéramos todos los que soñamos con días mejores, que este pueblo aspirase, como en tiempos pasados, el olor de la pólvora, no el del incienso; que se indignara y se sublevase y se batiera y muriese en una barricada, en vez de agonizar mansamente en sus tugurios aguardando el turno del bono de la caridad en comandita, ó la estampa del santo que debe servirle de introductor en el cielo! ¡Qué más quisiéramos!

¿O es que tú prefieres, al pueblo de entonces, este de ahora, que llena la plaza de toros el día que se recibe la noticia de la toma de Cavite; que ve indiferente la vuelta de los espectros de Cuba; que no se conmueve al saber la pérdida de la escuadra en Santiago, y que mira pasar á manos extrañas sus colonias, sin que se altere una fibra de su rostro abofeteable? Yo, no; yo prefiero aquí el

¡Pobre República, cómo te ensañaste con ella, sin haber cometido otra falta que la de no cortar todo lo podrido, inoculando después á España el virus revolucionario para precaverla contra abyecciones futuras! Si, con la furia que la maltrataste por excesos imaginarios, hubieras arremetido luego contra la restauración por delitos probados, no hubieses dado vagar á tu pluma, ni á tu pensamiento reposo, ni á tu indignación respiro.

Aún no he olvidado la octava real en aquella en que juzgaste el acto de proclamarse la República:

«Mientras el cielo mi conciencia guarde jamás se apartará de mi memoria aquella triste y vergonzosa tarde, baldón eterno de la patria historia, en que un Senado imbécil ó cobarde vendió sin fruto y entregó sin gloria, cediendo á los estímulos del miedo, el trono secular de Recaredo.»

Sin duda el recuerdo de aquella tarde persiste en tu memoria, cuando no has fulminado tus anatemas contra otras tardes realmente tristes y vergonzosas en que se vendió sin fruto á nuestro ejército y se entregó sin gloria nuestro imperio colonial.

Entonces, entonces debió haber salido tu musa, desgredada y ronca por la ira, á lanzar en la plaza pública apóstrofes sangrientos; entonces hubieras realizado obra de justicia condenando las traiciones hechas á España: entonces pudiste tronar contra el baldón que sobre la patria historia caía... ¿Por qué callaste entonces?

Y tengo presente también aquella tu poesía, *Las arpas mudas*, publicadas en 1873, en la que hay esta estrofa:

«Todo se nubla, todo choca, todo está herido. Pide estragado el arte su inspiración al vicio, y entre el alegre estruendo de infames regocijos, la sociedad oscila sobre el obscuro abismo.»

¿Dónde veías todo lo que ahí pintabas? Trastornos hubo, y motines; pero ¿quién vió al arte pidiéndole inspiración al vicio, como se ve hoy? ¿A qué regocijos infames aludías?

¡Mentira mil veces! La República no cometió infamias. Un pueblo en revolución comete brutalidades, crímenes; infamias, no. Estas nacen de la corrupción, y el pueblo del 73 no estaba corrompido. El de hoy sí lo está. Ha secundado bien el plan de sus gobernantes.

Después de esa estrofa, dijiste en estilo de plañidera alquilada:

«¡Poetas! Hasta tanto que la borrasca pase, colguemos nuestras arpas de los llorosos sauces.»

Cobardía insigne, pues debiste pulsarla con más fuego, si verdaderamente creías que España estaba de aquel modo.

Gritos del combate llamabas á aquellas rabiosas diatribas. ¡Fanfarronada de pigmeo! ¿A quién combatías, si nadie atacaba? ¡Ah! Otra hubiera sido la suerte de la República si llega realmente á merecer tus iras. Verdad es que entonces no la hubieras combatido. En vez de colgar tu arpa de un sauce, la habrías enterrado en fosa profunda. O la hubieras ofrecido á la República. Los fuertes incuban servidores, y tú no has desagradado nunca á los Segismundos.

Pero la colgaste. Y tan bien, que hasta hoy ha estado pendiente del sauce lloroso, arreglándote para tus menesteres de rima con la modesta lira. ¡Y cuidado que ha habido ocasiones en que podías haber imitado á David! A David indignado.

La restauración ha hacinado numerosas vergüenzas sobre España; la ley ha servido para preparar expoliaciones escandalosas y la justicia para sancionarla; y tú, el poeta de las grandes cóleras frente á la libertad y la República, has permanecido mudo, como ante los grandes negocios con honores de latrocinio, como ante las grandes inmoralidades, sin ocurrirte descolgar tu arpa.

En esta orgía de 25 años en que el vino ha corrido mezclado con las lágrimas, llenando el suelo de un cieno amasado con sangre; en que las étnicas carcajadas de los ladrones ahitos hacían dudar de la justicia de Dios á los honrados hambrientos, ¿por qué no has descolgado del sauce tu arpa quejumbrosa?

En esta inacabable noche de letales negruras, en que el honor se ha agazapado medroso en la sombra huyendo del sarcasmo, la honradez ha tiritado de frío en las bohardillas, el patriotismo se ha cotizado en las Bolsas, la dignidad se ha fingido muerta para que no escupieran sobre ella, y la inmoralidad se ha exhibido impúdica, ¿por qué, tú, el de la musa pudibunda que se sonrojaba al ver descubierto el seno fecundo de la libertad, no has sentido las indignaciones apocalípticas que sentiste desde el 68 al 73, y al ver las contorsiones lascivas de la reacción, completamente desnuda, no has, en la medida de tus escasas fuerzas, hecho lo que el Dante hizo, procurando imitar lo que hizo Victor Hugo?

Porque tú, que el 73, en los trastornos inherentes á todo cambio de régimen en tiempos revolucionarios, sólo veías la ruina de España, tú no has visto, tú no has querido ver su muerte moral, política y económica en estos veinticinco años de restauración. Pero ¿qué habías de ver, si te llamaron al festín sardanapalesco, y acudiste como miserable cortesano ó parásito despreciable?

Por esto no te has atrevido á lanzar una estrofa viril para condenar que fuesen al matadero cubano los infelices hijos de esa plebe á quien con tanta rabia flagelaste el 73, para defender allí intereses que no eran los suyos; ni para rehuir la complicidad con muchos infames que has coreado; ni para sacudirte de la culpa de ver degradarse lentamente á un pueblo; ni para detener en las orillas de nuestros puertos á los desventurados que iban á buscar en extrañas tierras el pan que en la suya les faltaba; ni para reprobar las matanzas de obreros en Río Tinto; ni para anatematizar los horrores de Montjuich; ni para nada, en fin, que diera indicios de que amas la justicia y hay en tu pecho sagrados rines donde no llegan nunca los ecos del interés ó el egoísmo.

Y ahora que no quedan ni restos de las nobles cualidades que siempre distinguieron á nuestra raza; que el afeminamiento ha sustituido á la virilidad, la cobardía al valor, ahora te acuerdas de descolgar del sauce tu arpa, para reanimar la fe de España en sus futuros destinos; ahora, cuando todo está perdido, y no por esto ella menos encanallada; ahora, que se ve completamente anémica de dignidad y plétórica de prostituciones, ahora te vienes dándole consejos de moral casera en versos de calor frío, faltos de sentimiento: «Trabaja, cree en Dios y alcanzarás la bienaventuranza eterna.» ¿Y para esto presumes de poeta? ¿Y de poeta de ideales?

Tu silencio ha sido criminal. Si con iguales bríos y con las mismas cóleras que contra la República, te hubieras lanzado contra la restauración al verla corromper y prostituir á España; si tu voz, tan airada para maldecir de la revolución, que sólo cometió el delito de no justificar su nombre, se alza potente para condenar las degradaciones, las injusticias y las inmoralida-

des de la monarquía, no sería yo, no, quien hoy te censurara por el noble empeño de señalar á este pueblo rumbos de redención, aun cuando no fueran los que yo creo que debe seguir.

Pero ¿quién eres tú para marcarle hoy derroteros, habiendo sido cómplice de los hombres que por los de perdición lo han llevado? ¿Con qué derecho te encaramas sobre las ruinas que contribuiste á amontonar, para lanzar en el desierto de todas las desolaciones cantos de esperanza?

Estás desautorizado para hablar así. El nivel moral de un pueblo no pueden levantarlo los hombres cual tú, que se han pasado la vida rindiendo culto al éxito, entrando en la revolución cuando la creiste poderosa, yéndote á la restauración cuando la viste triunfante. Ni tampoco los que, cual tú también, han prestado á la inmoralidad el concurso de su indiferencia, de su silencio y á veces su apoyo. Predicar la redención por el trabajo cuando no se tiene una palabra para condenar á las turbas monásticas que viven en la holganza, es burlarse cruelmente de este pueblo desventurado, es insultarle, escupirle al rostro. Por esto no te responderá.

¿Ni cómo responderte, si los honrados están escondidos, los altivos humillados, los menesterosos de justicia no se atreven á solicitarla, y saben los valerosos que todos sus sacrificios serán estériles mientras no venga un gran sacudimiento á echar por tierra el ruinoso edificio social?

«Sean la escuela, y el taller y el surco, los solos campos de batalla en donde tu razón y tus fuerzas ejercites.»

¿Y qué quieres decir con todo eso? Si las escuelas han de servir, como hoy, para crear fanáticos, el taller para enriquecer amos, y el surco para pagar impuestos únicamente, que continúe todo como está, para que se hunda pronto, y á ver si soplan luego vientos de honra, de libertad, de progreso, de vida, vengan de donde vinieren, que aventen el polvo de tantas miserias, de podredumbres tantas...

Aunque no, esto no será. Pese á todos los que como tú piensan. España será salva.

¡*Sursum corda!* ¡Arriba los corazones! St. Este es, y este debe ser el grito redentor, por no haber otro que pueda infundir tan poderosos alientos á los héroes que se disponen á limpiar este gran establo de Augias.

Resurgirá el pueblo, sí... No para postrarse ante los altares de ese Dios que tú le ofreces, y que paga con gloria en otra vida los dolores sufridos en ésta, sino para mermar la cantidad de esos dolores; se incorporará potente, no para caer arrodillado ante el misterio, sino para echarse en brazos de la ciencia. Y no porque tú le animes después de haberle desesperanzado, sino porque, seguro de su fuerza y convencido de su poder, avanzará con paso firme por el camino de su regeneración, arrollando á los que, cual tú, se empeñan todavía en hacerle mirar hacia arriba para que entre tanto puedan impunemente ponerle grillos en los pies los que pretenden nuevamente alzarse sobre sus hombros.

Pero ¿á qué cansarme en hablar de esto? En otro que tú, pudiera ser el *Sursum corda* grito varonil de esperanza, clarín de pelea; en tí, sólo es ridícula manifestación de lirismo trasnochado.

«He combatido siempre la corrupción de arriba y la licencia de abajo», dijiste el 9 de Marzo de 1875 en el prólogo que pusiste á los *Gritos del combate*. Tal vez tuvieras razón entonces: hoy no la tienes. La corrupción de arriba ha tenido en tí desde aquella fecha un amigo complaciente, no un juez severo.

Te alabas de que nunca tu musa cantó á la soberbia afortunada. Te lo concedo. Pero has hecho otra cosa algo peor: servirla, maltratando duramente á los que trataban de exterminarla. A combatir al pueblo, ese eterno Cristo de todos los Calvarios interminables, ó al no tenderle la mano para que se levantara, ó al no impulsarle en sus desfallecimientos, has laborado en favor de esa soberbia.

Te lamentas «del marasmo que oprime la voluntad enferma de España.» ¿Qué has hecho tú para que no lo sienta? ¿Qué alientos viriles le has infundido? ¿Qué campo de lucha le has señalado? Tú has visto, sin que tu escrupulosa conciencia se alarmara ni tu severa musa se indignase, que la corrupción preparaba á España para todas las servidumbres; y sabiendo que la servidumbre enegendra la indiferencia, y la indiferencia el marasmo, has callado.

Sigue callando. Y si quieres cantar, canta los palacios señoriales, escribe idilios, describe escenas de pesca, pinta la duda en lucha con la fe, cuidando de que siempre salga triunfante la última.

Pero nada de mirar adelante, ni de impulsar,

ni de dirigir: no sirves para esto. Porque ni eres poeta de tu tiempo, ni sientes, ni amas. Eres un rimador potente; nada más. Lee la poesía de Rostand que publica *El Motín*, y entérate de lo que debe ser hoy un poeta.

JOSÉ NAKENS.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

En Valencia ha habido manifestaciones anti religiosas frente á la iglesia del Corazón de Jesús, escuchándose vivas á la libertad y mueras á la reacción.

En la calle del Carmen fueron silbados dos religiosos del colegio de vacaciones apostólicas y apedreado un fámulo.

Han sido descubiertos en Gironilla fusiles de los destinados á los carlistas.

Dicen del Ferrol que en las pruebas verificadas con el *Carlos V*, después de la arribada, resultaron diez calderas útiles y cuatro mal.

El regreso obedeció al estado del mar. En la junta de oficiales de á bordo hubo desacuerdo.

La Junta de autoridades reunida en Gijón acordó la declaración de estado de guerra de la provincia.

Consultóse al gobierno y Ugarte contestó aprobándolo.

Se ha confirmado que en uno de los próximos Consejos se acordará restablecer las garantías constitucionales en la península.

En Gijón, Pablo Iglesias pronunció un discurso en los Centros obreros y aconsejó á los huelguistas que se resistan por estimar justas las peticiones hechas.

Aplaudió la conducta de los obreros manteniendo el orden.

Recorrerá la provincia de Asturias en propaganda de la huelga.

Agravóse la huelga de los cargadores de las salinas de Torrevieja.

Trátase de celebrar una manifestación para pedir á las autoridades que solucionen el conflicto.

Reconcentróse la benemérita.

En Barcelona proyectase un mitin de protesta contra el material de ferrocarriles.

Celebróse en Valls un mitin republicano, pronunciándose discursos entusiastas.

Dicen de Manresa que ha sido reforzada la guarnición de los principales puntos de la alta montaña.

En Gandía (Valencia) hay excitación por las provocaciones mutuas de ultramontanos y liberales.

Anoche suspendióse la procesión de agravios.

Unos 1,500 hombres, congregados en los pueblos vecinos, intentaron celebrar una manifestación católica.

Los liberales organizaron otra, recorriendo la población y cantando *La Marsellesa*.

El director del *Heraldo de Gandía* ha sido amenazado de muerte.

En Valencia suspendióse la procesión del Rosario de la Aurora, anunciada en la iglesia de Santa Cruz.

Grupos situados frente al templo silbaban á los fieles que llegaban.

A algunos de éstos que se presentaron ostentando boinas, los grupos se las quitaron, pisoteándolas.

La policía dispersó á los manifestantes.

En la Academia de Ciencias verificóse la recepción de D. Joaquín Costa.

Contestóle Azcárate y presidió Vega Armijo.

El acto estuvo brillante y concurrido.

Dicen de Palma que á cuatro millas del puerto naufragó el laúd *San Miguel*, habiéndose ahogado un niño.

El cadáver lo sacó el mismo padre de joven.

D. Carlos de Caserta ha invitado á Weyler, Echagüe y Bernal, á que sirvan de testigos en las capitulaciones, recordando sirvió en Cuba á sus órdenes.

En uno de los intermedios del concierto del Real, desde el paraíso dieron vivas á Galdós.

La comisión de patronos de Gijón, que ha llegado á Madrid, conferenció con Ugarte.

Este excitóse á temperamentos de templanza para llegar á una fórmula de avenencia con los huelguistas.

DEL EXTRANJERO

Telegrafan de Amberes que se ha ido á